



EL PASADO COMO PRÓLOGO

La Roma antigua ofrece lecciones sobre la importancia del desarrollo sostenible

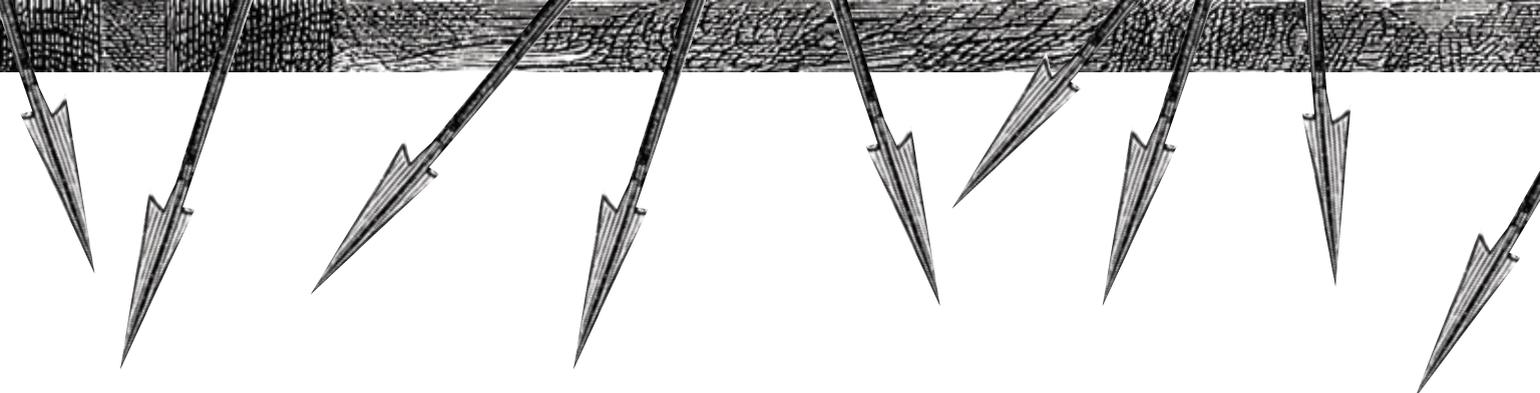
Anthony Annett y Joshua Lipsky

El término “desarrollo sostenible” encierra la idea de que el progreso material debe ir acompañado de inclusión social y respeto por el medio ambiente. Desvincular el crecimiento económico de esos dos pilares es sabotarse. La Roma antigua es un ejemplo de cómo podría ocurrir esa tragedia y de cómo evitarla.

Roma se mantuvo como república durante 500 años porque sus instituciones fueron lo suficientemente flexibles como para adaptarse a dos grandes retos: el conflicto interno entre los aristócratas y las masas y el conflicto externo con Estados rivales y la integración de los pueblos conquistados. A pesar de las constantes tensiones, los romanos estaban unidos por valores comunes, como un sentido del honor arraigado en el servicio público y un compromiso con la concepción del bien común.

Durante generaciones, el centro resistió... hasta que ya no pudo hacerlo. Al principio, los cambios fueron sutiles. La expansión territorial, que al comienzo del siglo II a. C. abarcaba desde la Galia hasta Grecia, trajo riquezas en forma de tributos, impuestos cobrados a las nuevas provincias y el desarrollo de minas metalíferas. Una nueva clase de romanos superacaudalados creó instrumentos financieros para empaquetar deudas, revender el paquete e invertir las ganancias en proyectos de infraestructura. ¿Suena conocido? En muchos sentidos, fue una forma antigua de globalización, tanto comercial como financiera. Y las épocas de auge hicieron crecer la población de Roma a casi 1 millón para el siglo I d. C., la primera ciudad del mundo en alcanzar ese hito.





DURANTE EL ÚLTIMO SIGLO FATÍDICO DE LA REPÚBLICA ROMANA, UNO TRAS OTRO DIRIGENTE VIOLÓ NORMAS HASTA ENTONCES CONSIDERADAS SAGRADAS.

Pero no todo iba bien. Las nuevas riquezas no estaban ampliamente distribuidas. La llegada masiva de esclavos trastornó el mercado laboral y dejó a soldados y ciudadanos sin empleo y cada vez más iracundos. Al mismo tiempo, como Edward Watts lo señala en su nuevo libro, *Mortal Republic*, la acumulación de riqueza comenzó a reemplazar la virtud personal y el servicio al Estado como parámetro de éxito. Y las élites no gastaron sus nuevas fortunas únicamente en mansiones y artículos de lujo. A diferencia de sus predecesores, se volcaron masivamente al soborno y la corrupción para procurarse honores y cargos políticos, así como impunidad judicial.

Marco Licinio Craso quizá sea la encarnación por excelencia de la dinámica de esta era. Su fortuna, originada más que nada en especulaciones inmobiliarias deshonestas, era tan inmensa que equivalía a la totalidad del tesoro de Roma. Y como Craso financió la carrera de cientos de políticos, su influencia era incomparable.

La tensión no tardó en estallar. En los siglos precedentes, las élites habían respondido al descontento popular compartiendo el poder y reequilibrando el panorama político. Pero ese consenso se quebró bajo el peso del interés propio y la corrupción.

El mismo patrón se repitió una y otra vez durante el último siglo de la República: la ira popular chocó contra la intransigencia patricia, produciendo excesos de ambos lados que a menudo desembocaron en actos de violencia.

El ciclo comenzó con los hermanos Tiberio y Cayo Graco. Tiberio insistió en redistribuir tierras a los pobres, pero se topó con la oposición conservadora y fue asesinado a golpes. Cayo, su hermano menor, ocupó su lugar y se volcó a la protección social —promoviendo el subsidio a los cereales— y a la lucha contra la corrupción mediante la reforma judicial, pero también fue asesinado.

Tras el caos social, Cayo Mario se erigió como adalid de los pobres gracias a una ola de indignación popular frente a la corrupción de los senadores. Pero terminó aliándose con facciones que esgrimían la violencia como medio político, suscitando una reacción

de los patricios y la dictadura de Sila, que hizo lo impensable y marchó sobre Roma al mando de un ejército. Su reinado se caracterizó por las proscripciones en masa, la confiscación de propiedades y la neutralización del poder de los plebeyos.

En los años siguientes, patricios sin escrúpulos como Catilina y Clodio procuraron promover su carrera explotando la frustración popular y recurriendo ocasionalmente a la violencia y a la intimidación.

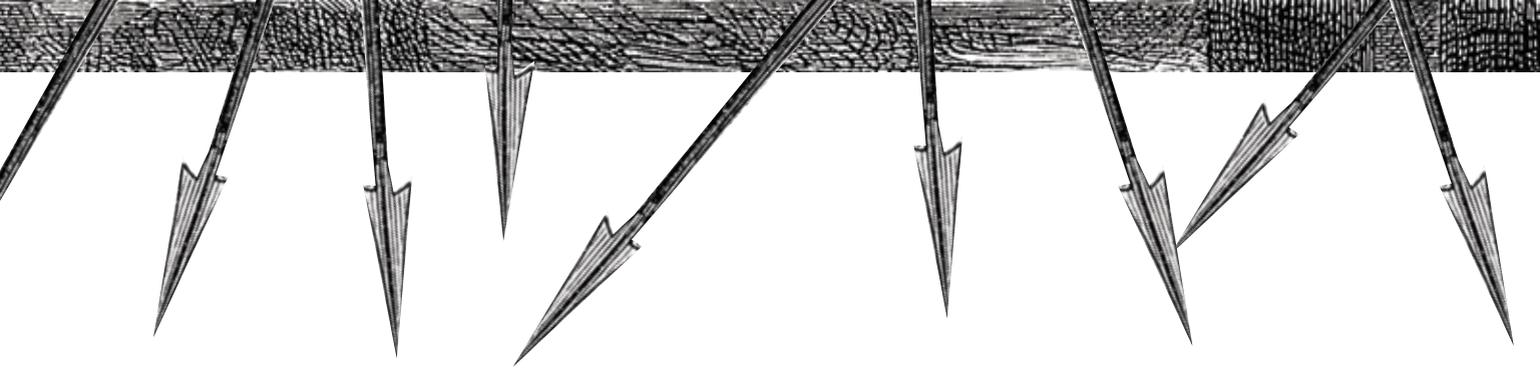
Todo esto preparó el camino para Julio César, que llevó a cabo reformas populistas con mano dura. Pero tras triunfar en la guerra civil, César también asumió el título de dictador y dio un giro autocrático. Su asesinato desató un río de sangre que barrió con la República.

Durante el último siglo fatídico de la república romana, uno tras otro dirigente violó normas hasta entonces consideradas sagradas. La violencia política se hizo cotidiana. Las instituciones del Estado se transformaron en armas para perseguir a la oposición. La ira se instaló en la muchedumbre, y el caudillismo buscó restablecer el orden. Todo esto debido a las heridas supurantes de la desigualdad y la corrupción.

Roma cayó, para luego resurgir con esplendor, aunque uno de los precios de la paz fue la supresión de las instituciones democráticas. Edward Gibbon, el gran cronista de la caída de Roma, describió el pináculo del imperio en el siglo II d. C. como el período de la historia en que “la condición de la raza humana fue más próspera y feliz”.

Lo que Gibbon no sabía es que esa buena fortuna se debió en gran parte a un clima favorable. Como lo documenta Kyle Harper en una nueva y notable obra titulada *The Fate of Rome: Climate, Disease, and the End of an Empire* (“El destino de Roma: Clima, enfermedades y el fin de un imperio”), el período transcurrido entre más o menos 200 a. C. y 150 d. C. se conoce ahora como un período de clima cálido, húmedo y predecible que fue excepcionalmente favorable para los principales cultivos del imperio.

Pero para el siglo III, el clima se había vuelto más frío, seco e impredecible, con sequías y con mayor



frecuencia de malas cosechas. Para mediados del siglo V, había llegado la denominada pequeña edad de hielo de la antigüedad tardía.

El cambio climático le impidió al imperio resistir una variedad de shocks, como las pandemias. La viruela lo azotó en el siglo II, y en el siglo III se produjo un estallido violento de lo que puede haber sido ébola. A mediados del siglo VI, la plaga de Justiniano —la primera incidencia conocida de peste bubónica— probablemente arrasó con la mitad de la población del imperio.

Los datos recientes muestran la influencia del cambio climático. En la década previa al estallido de la peste, Europa experimentó las temperaturas más bajas registradas en dos milenios, consecuencia de gigantescas explosiones volcánicas. Esto probablemente haya expulsado a jerbos y marmotas de su hábitat natural en Asia central y favorecido la transmisión de sus pulgas infectadas a la rata negra, cuya población había crecido descomunamente a lo largo de la red de carreteras tendida por los romanos.

Indudablemente, la caída de Roma tuvo muchos padres. Quizá sea aun hoy el suceso más sobredeterminado de la historia humana. Pero parece estar cada vez más claro que el impacto del mundo natural en el ser humano fue una causa importante.

Debilitado por estas fuerzas naturales hostiles, el imperio comenzó a desmoronarse en el siglo III. Fue un período signado por una inestabilidad política persistente, presión en las fronteras y una crisis fiscal agravada por la desvalorización de la moneda. Tras un resurgimiento económico verdadero en el siglo IV, el medio ambiente volvió a intervenir: una grave sequía en Eurasia promovió migraciones de hunos, que Harper describe como “refugiados climáticos a caballo”. Eso desató una cascada de migraciones masivas a lo largo de la frontera romana, que terminó destruyendo el imperio occidental en el siglo V. En el siglo VI se produjo un trío de hechos fatídicos: malas cosechas debido al cambio climático, una peste catastrófica y una guerra ruinosa. Durante este período, la población de Roma disminuyó a apenas 20.000 y el foro romano se convirtió en el *campo vaccino*, el campo de pastoreo.

La república y el imperio romano cayeron porque fallaron en la prueba del desarrollo sostenible. La progresión de ese fracaso constituye una advertencia para nuestros tiempos: un quebrantamiento de normas sociales de larga tradición, arraigada polarización

política alimentada por la desigualdad económica, repudio del bien común por parte de las élites y destrucción ambiental causante de enfermedades y catástrofes.

Es una lección que deberíamos aprender, sobre todo porque la historia parece estar rimando de manera escalofriante y desconcertante. Eso demuestra la urgencia de alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible, el llamado internacional a poner fin a la pobreza, proteger el planeta y asegurar la paz y la prosperidad común. La experiencia romana nos ofrece una visión del futuro si no actuamos.

LA REPÚBLICA Y EL IMPERIO ROMANO CAYERON PORQUE FALLARON EN LA PRUEBA DEL DESARROLLO SOSTENIBLE.

Naturalmente, hay algunas diferencias importantes entre nuestra economía y la de la Roma antigua. La nuestra es inmensamente más rica, sana, inclusiva y resiliente. Los romanos no tenían la capacidad necesaria para eliminar todas las formas de privación material, aunque podían y deberían haber manejado mejor las desigualdades derivadas de su propia experiencia con la globalización. Lograr ambas cosas es algo que está a nuestro alcance.

Está a nuestro alcance también solucionar el problema del cambio climático, que es por lejos el principal reto de nuestra generación. Los romanos estaban decididamente a merced de la naturaleza. Su actividad no era el principal impulsor del cambio climático, así que poco podían hacer por frenarlo. Pero como hoy la actividad humana es la causa del cambio climático, podemos corregirlo modificando nuestro comportamiento y forjando un sistema energético sin emisiones de carbono durante las tres próximas décadas.

En resumen, el desarrollo sostenible tiene una importancia perdurable, ya sea en el año 130 a. C., en 530 o en 2030. **FD**

ANTHONY ANNETT es Asistente del Director y **JOSHUA LIPSKY** es Oficial Principal de Comunicaciones en el Departamento de Comunicaciones del FMI.